Mitología de un destino trágico

Muchos de los personajes de «Malaventura», de **Fernando Navarro**, viven en la brutalidad descarnada y sanguinaria de lo atávico

Ricardo Baixeras

El wéstern, que se construye en la narración de lo que **Harold Bloom** llamó, a propósito de «Meridiano de sangre» de **Cormac McCarthy**, «la guerra perpetua», no es un género habitual por estos lares. El guionista de cine **Fernando Navarro** (Granada, 1980) debuta en la ficción narrativa con un libro de carácter híbrido que juega con esa estética wéstern suturando, con la fuerza centrípeta de una insaciable mitología del destino trágico, la vida de unos personajes pergeñados por los ecos lorquianos del «Romancero gitano» para ahogarlos en un escenario enraizado en la violencia que a todos alcanza y donde la muerte señorea el mundo: «El hombre trae muerte. Y es que la muerte misma puede parecer un mendigo 'desarrapao' con la chamarra llena de polvo y sangre seca en un labio que parece partido y un par de dientes rotos que hacen al mellao sonreír poco. Podría ser un espectro si se pudiera volver de la muerte. Podría ser un demonio si existiera el infierno. Nada de eso existe. Solo existe la muerte».

El epígrafe con el que Navarro abre el libro («Cuando canto, me sabe la boca a sangre») es ya una declaración de intenciones en un libro que ni es novela ni son relatos, sino más bien un texto hilvanado por una geografía atemporal, por un tono oral más que destacable, por una sintaxis narrativa más que eficiente y por unos personajes que van en busca de una intimidad que no pueden comprender y en el que la soledad es el emblema de unas vidas enraizadas en una violencia de la que no se pretende dar cuenta. Muchos de los personajes que pululan por este libro viven en la brutalidad descarnada y sanguinaria de lo atávico, pero no pueden –ni quieren– explicarla. De ahí que aparezcan niños, porque es en esa figura en la que Navarro aúna la pura inocencia con la brutalidad más animal: «Matar se convierte en algo que uno hace como si bebiera anís: calienta el cuerpo porque lo alimenta». Y de ahí que en el paradigmático «La navaja oxidá» sea la figura de la mujer barbero la que sufra una muerte gratuita mientras los hombres del cuento siguen a lo suyo. Los niños y las mujeres primero, pero serán los hombres quienes cerrarán el círculo infernal extremo y desesperado.

Todo en este libro huele a soledad, a mil heridas, todo huele a ausencia de ley moral, todo viene en este libro de muy lejos. Con destellos líricos como golpes firmes («Otra calada. El humo que ensucia los pulmones. La sangre en las venas: turbia»), todo parece muy antiguo aquí, aunque el mundo del que se da cuenta no solo sea el de unas estampas universales cosidas con el hilo rojo de la violencia, sino que alcanza a un lector atónito que no da crédito ante un libro que hermana la belleza con la tragedia, la soledad con el murmullo de unas voces incapaces de levantar la mano y pedir auxilio.

Malaventura

Fernando Navarro

Impedimenta
192 páginas, 19 euros

> Navarro, guionista de cine, debuta en la ficción con un primer libro deslumbrante y con una fuerza narrativa «a merced de una corriente salvaje»

Voces silenciadas que ya han perdido, cuyo relato no pueden comprender y que están locas de dolor. Una voz «grave como si hablara dentro de una campana. Aguda como un aullido… una voz que daba miedo. Sé que usaba palabras raras y rebuscadas, palabras antiguas. Y que como nadie había cogido un libro en este pueblo, no podían entenderlas».

Un primer libro deslumbrante y con una fuerza narrativa «a merced de una corriente salvaje». Fernando Navarro.

ARQUITECTURA

El tiempo de Juan Carlos Arnuncio

El Museo Patio Herreriano de Valladolid hace los honores a su rehabilitador y paisano

Rogelio Ruiz Fernández

La celebración del vigésimo cumpleaños del Museo del Patio Herreriano de Valladolid ha comenzado este junio. Este oasis de arte contemporáneo ha ido enhebrando una serie de muestras, todas ellas con un culmen claro: la Capilla de Fuensaldaña, que es un *tour de force* donde el artista se mide con la Historia. Allí lo mismo vimos cabezones de **Antonio López** como inestables chinitos de **Juan Muñoz**, **Eva Lootz** o un genial **Miquel Navarro**. Pero además muestras de arquitectura como la de **Campo Baeza** o **Juan Navarro Baldeweg** (que torea con dos manos como pintor y como arquitecto).

Esta vez, para celebrar, y agradecer, las dos decenas, la exposición se dedica al proyecto del propio museo de **Juan Carlos Arnuncio**, **Clara Aizpún** y **Javier Blanco**, aunque al final los contenidos derivan hacia proyectos, maquetas y preciosos dibujos a mano alzada de Juan en sus muchos viajes. Por encima de todos, destacan sus estancias en Italia, Roma, donde se alojó estudiando las «palazzinas», esas pequeñas manzanas o «ínsulas independientes». Tremendo su dibujo de la linterna de Sant Ivo alla Sapienza. Recuerdo su libro «Cosas del Señor Francesco», donde va hilvanando pensamientos en la soledad de un posible final de **Borromini**. Italia, para él, son también las escenografías de **Adolphe Appia** y en estas exposiciones se desarrollan pequeños teatros, ya que otra de sus pasiones es el cine, donde lo he visto derivar hacia **Bergman** y aquel teatrillo portable de «Fanny y Alexander» que rezaba –otra característica de Arnuncio–: «Ei Blot Til Lyst» (no solo por diversión). La seriedad del juego, sí, pero mucho más. Y por eso en «PLAYS», la muestra que realizó aquí hace diez años, estaba llena de «teatros de papel», de propuestas como la Casa de Alicia, o de lunas que recorrían el cielo. El cielo, ese cielo que él ve desde el Pinar. «Centro del Universo», como se llama otro de sus libros, donde, despegando de una vida cotidiana, se alcanza el Cosmos. Porque, claro, aquí se relata el artista, el escritor, el pintor, pero podríamos seguir con el gran profesor, el Catedrático de Proyectos en Valladolid, su ciudad, y en Madrid, o el ahora profesor invitado de la Universidad de Barcelona; y eso y su familia es el *comme il faut*, pero Juan es dual, y eso le enriquece más. Aquí, entre papeles, con un cierto desorden que le viene hasta bien, están al mismo nivel el Monumento a la Tercera Internacional de Tatlin y Sant Ivo. En su capilla el techo se separa por luz, flota como vemos en el infierno del «Danteum» de **Terragni**, que tan bien estudia en su libro «Peso y levedad».

Modelos de otros proyectos suyos quedaron en el tintero del pasado, el Auditorio de León o el Auditorio de Navarra, y otros que podemos disfrutar, como el Conservatorio de Burgos. Las maquetas del Patio Herreriano, preciosas, que muestran luz natural ahora dentro del museo, son como muñecas rusas, como cambios de escala que vibran en la cabeza. Vemos, al llegar, un cartel con el título de la exposición, «Una cuestión de tiempo», y al lado uno de los bosquejos previos que ya despliegan el edificio que al lado vemos hecho. Secciones áureas, dibujadas en el proyecto y, como aquellas postales del Corbu, vueltas a dibujar sobre la foto en blanco y negro del propio museo real.

Exposición dedicada a Arnuncio en el museo vallisoletano. | Rogelio Ruiz